

Incertidumbre. Planificar en marcos de incertidumbre / habitar en tiempos de incertidumbre

Javier Ruiz Sánchez

Universidad Politécnica de Madrid, Grupo LoCUS-UPM,
España, javier.ruiz@upm.es

<https://orcid.org/0000-0001-7272-9114>

Francesco Musco

Università IUAV di Venezia, Grupo Planning Climate Change,
Italia, francesco.musco@iuav.it

<https://orcid.org/0000-0002-8377-0128>

Cómo citar este artículo:

Ruiz Sánchez, J. y Musco, F. (2021). Incertidumbre.
Planificar en marcos de incertidumbre / habitar
en tiempos de incertidumbre. *Revista INVI*,
36(101), 1-6.

<https://doi.org/10.4067/S0718-83582021000100001>



Uncertainty. Planning habitat under uncertainty

El 17 de julio de 2019, en el marco del congreso anual de AESOP Association of European Schools of Planning, celebrado en Venecia, tuvo lugar un evento extraordinario con formato de mesa redonda bajo el lema *The General Adaptation*. El objetivo de esta mesa era reunir un grupo seleccionado de académicos y profesionales de la planificación urbana y territorial junto con otros sectores directamente interesados en el tema, particularmente y de manera muy significativa empresas aseguradoras, una de las cuales, UnipolSai Assicurazioni, era patrocinadora del evento. Con asistentes de al menos cuatro continentes, alguno tan señalado como el profesor Edward Blakely, en su día Executive Director of Recovery Management for the City of New Orleans, nombrado por la administración federal estadounidense tras la catástrofe del huracán Katrina en 2005 (Blakely, 2011), la mesa arrojó interesantes cuestiones sobre el papel de la planificación en tiempos inciertos, en un mundo donde cada cierto tiempo tienen lugar eventos en principio imprevisibles que alteran completamente el devenir previsto de los procesos en marcha. En las dos décadas que van de siglo, desde el 9/11 -11 de septiembre de 2001- en que un inesperado atentado contra las Torres Gemelas del WTC de Nueva York cambió nuestra manera de entender la seguridad global afectando a nuestra forma de vida incluso en lo más cotidiano, hasta la pandemia global del COVID-19 en que en el momento de escribir estas líneas estamos inmersos, y cuyas consecuencias aún están por descubrir, han tenido lugar multitud de acontecimientos de tipo catastrófico, incluyendo terremotos (en Chile, en Italia), tsunamis (en Japón, en el océano Índico), incendios devastadores (en California), unidos al recuerdo permanente de desastres nucleares (Chernobyl) como amenaza latente (el caso Fukushima). Del cinturón de fuego del Pacífico a la costa mediterránea, del océano Ártico a Australia, pocos rincones del planeta pueden considerarse a salvo de sufrir un evento de estas características, eventos *posibles* a los que habría que sumar las consecuencias, éstas quizá sí más previsibles, del proceso acelerado de cambio climático más una serie de conflictos locales y globales capaces de alterar considerablemente lo que sería una visión aproximadamente lineal de los procesos espaciales en marcha.

Una necesaria visión postulada de una planificación en tiempos de incertidumbre no debería, en absoluto, ser percibida como nueva. Es más, incluso puede datarse con extrema precisión un momento fundacional, casi al minuto, de un cambio de paradigma. En efecto, entre las 9:30 y las 9:40 horas del 1 de noviembre de 1755 tuvo lugar un terremoto cuya intensidad se estima en 8,4 en la escala actual con epicentro en algún punto del Atlántico a más de doscientos kilómetros al suroeste de la Península Ibérica. El terremoto, y correspondiente tsunami, dejó huellas aún rastreables en Portugal y el oeste de España, pero tuvo impacto en todo el arco atlántico. En Lisboa, además de dichos terremoto y tsunami, un colosal incendio prácticamente destruyó la ciudad, dejando además decenas de miles de víctimas mortales. Sin duda no fue la primera gran catástrofe de la historia, y sabemos por experiencia que tampoco la última; ni siquiera, aunque devastadora, la más significativa. ¿Por qué, entonces, destacamos aquí su carácter fundacional? Porque el gran terremoto de Lisboa supone un cambio copernicano en la percepción social de dichos eventos. Estamos, no olvidemos, en la era de la Razón en todo occidente, en plena época pombalina en el caso de Portugal. Un evento de estas características no podía pasar desapercibido al mundo; sobre todo porque antes de esta época casi cualquier catástrofe era directamente percibida como resultado de un designio divino, contra el que nada nos estaba permitido hacer a los humanos. Pero a partir de aquí las cosas van a cambiar. Casi de inmediato, en 1756, apareció en Francia un opúsculo titulado *Poème sur le désastre de Lisbonne*, firmada por un anónimo M. De V***. El (poco sutil) enmascaramiento de la autoría se debe a su contenido polémico, una crítica despiadada al fatalismo de raíz cristiana y a las nefastas consecuencias del mismo, y en absoluto permite ocultar la personalidad de quien lo escribe, el influyente filósofo ilustrado Voltaire, que retomará el tema en una de sus obras maestras, *Candide, ou L'optimisme*; nada más oportuno que ligar la idea de candidez, u optimismo inconsciente, a la percepción ignorante de un evento devastador y asunción de la idea de que nada cabe ante la voluntad divina.

Para el ilustrado ateo Voltaire, este fatalismo religioso tiene consecuencias nefastas. Unos meses después, en una carta a J. J. Rousseau, V. escribe:

“(Sin dejar su tema de Lisboa, convenga, por ejemplo, que si la naturaleza no hubiera reunido allí veinte mil casas de seis o siete pisos, y que si los habitantes de esta gran ciudad hubieran sido también más dispersados y más esponjadamente alojados, el daño hubiera sido mucho menor y posiblemente ninguno. Todos habrían huido al primer temblor, y los hubiéramos visto al día siguiente a veinte leguas de allí alegres como si no nada hubiera pasado. Pero tuvieron que quedarse, alrededor de las casuchas, exponerse a nuevas conmociones, porque lo que se dejaban valía más que lo que podrían llevarse. ¿Cuántos desgraciados perecieron en este desastre por querer aferrar uno sus ropas, el otro sus papeles, otro su dinero?)”

Estamos, indudablemente, ante una reivindicación de la validez de la toma de decisiones y la planificación incluso en situaciones de enfrentamiento a la incertidumbre. Si la forma y estructura urbana hubiese sido otra, si el comportamiento de sus habitantes otro, las consecuencias hubieran sido completamente distintas.

En 1756 también ve la luz en la ciudad de Königsberg (la hoy rusa Kaliningrado) una *Historia y descripción de la naturaleza de los sucesos más notables del seísmo que ha sacudido a una gran parte de la tierra a finales del año 1755*. Su autor, el filósofo prusiano Immanuel Kant, prepara una oportuna recopilación de ensayos sobre un aspecto de la geografía física que le interesaba de manera específica, la naturaleza de los terremotos y las consecuencias de los mismos. De manera nada sorprendente, sus conclusiones se asemejan mucho a las de su contemporáneo francés y en cierta manera enuncia la necesidad de conocer para anticipar. Estamos también ante lo que algunos han denominado *la creación de la idea de futuro*, tal y como la asumimos en la actualidad.

Voltaire y Kant pierden la fe en la certeza, lo que necesariamente comporta un cierto pesimismo. No debe resultar sorprendente que este momento fundacional del sistema científico y de conocimiento moderno esté ligado de manera necesaria a la asunción de la incertidumbre. De manera inmediata y progresiva, a lo largo de los dos siglos venideros XIX y XX, dicho pesimismo se ha ido poco a poco transformando en una suerte de optimismo confiado en el buen hacer del progreso científico. En nuestro marco disciplinar de la planificación espacial y del hábitat humano hemos, paradójicamente, pasado a concebir un modelo positivista de toma de decisiones basado en certezas absolutas, la secuencia análisis-diagnóstico-propuesta que nos ha llevado entre otras cosas al programa más formidable de producción de hábitat para el desarrollo del conjunto de las actividades humanas, sobre todo a partir de la segunda mitad del siglo XX, coincidente con el pleno funcionalismo hegemónico. Sin embargo, la realidad, en particular como hemos apuntado en lo que va del siglo presente, está poniendo cada día en cuestión la validez de las técnicas y políticas al servicio de dicha forma de construcción del espacio en que vivimos, en la que en general se sigue trabajando en un paradigma de toma de decisión basado en un diagnóstico simplificado y una prospectiva que generalmente sólo contempla procesos aproximadamente lineales.

Por una parte la cada vez mayor producción de espacio informal, y por otra la profusión de situaciones catastróficas (aquí catástrofe en los términos enunciados por el matemático francés René Thom y su *Teoría Matemática de las Catástrofes* (Thom, 1987) discontinuidades abruptas en procesos lineales que conducen a una imprevisibilidad efectiva en los sistemas) está poniendo en cuestión tanto nuestro modelo de habitar como nuestro modelo de toma de decisiones sobre el modelo de habitar en un marco de incertidumbre creciente.

En la reunión de Venecia de 2019 se llegó a ligar de manera inseparable la idea de incertidumbre a la perspectiva no lineal de acontecimientos futuros, a catástrofes (desastres, crisis, conflictos, cambio climático, etc. -entonces, y eso es muy significativo, nadie hablaba de pandemias- y sus combinaciones socio-económico-naturales), haciendo una llamada urgente a la indagación sobre el papel de la planificación y las políticas territoriales, urbanas y de habitar en un futuro que ya no somos capaces de anticipar mediante las técnicas de prospección y anticipación tradicionales, si alguna vez lo hemos sido. En una especie de *Manifiesto de Venecia*, en una ciudad inequívocamente vulnerable, alertábamos sobre que dicha condición de *vulnerabilidad* ya no puede ser exclusiva de un número limitado de territorios, sino que debe ser extensible a la totalidad del planeta, y que los planificadores estamos llamados, en una misión de emergencia, a reconsiderar nuestra manera de indagar

sobre el hábitat y planificar el mismo. Se trata de ser capaces de imaginar futuros, y consiguientemente desear un hábitat capaz de responder a las demandas más inimaginables de dichos futuros.

Porque la incertidumbre no sólo no invalida la planificación, sino que la hace más imprescindible. De acuerdo con el profesor Michael Batty, de la Bartlett School of Architecture, UCL, es cierto que no podemos predecir el futuro, pero ello no significa que no podamos inventarlo (Batty, 2018). En la misma línea, el profesor Juval Portugali, del TAU Research Center for Cities and Urbanism, Tel Aviv University, nos recuerda que como humanos, antes que como profesionales, en ningún caso no podemos dejar de planificar, no podemos no imaginar futuros posibles y ligar nuestros planes al equilibrio necesario entre posibilidad y deseo (Portugali, 2011).

Para nosotros, lo imprevisible del futuro no invalida la planificación, la refuerza. Pero no estamos aquí hablando de una planificación tradicional, que mira al pasado, que resuelve problemas ya diagnosticados e ignora el abanico, cada vez más abierto, de posibilidades futuras. Los marcos de seguridad en que el planeamiento heredado del siglo XX se mueve ya no existen. La sociedad del riesgo (Beck, 1992; Dufourmantelle, 2011) no es una hipótesis, sino una realidad ineludible. Seguir ocultando la cabeza a modo de avestruz y confiar en la providencia científico-tecnológica nos retrotrae a los tiempos preilustrados anteriores al terremoto de Lisboa. Las catástrofes, aunque impredecibles, no son imprevisibles ni mucho menos inimaginables. Quizá no sepamos, por ejemplo, cuándo va a tener lugar el próximo terremoto seguido de un devastador tsunami, pero grandes regiones del planeta que los han sufrido de manera recurrente a lo largo de la historia han interiorizado su posibilidad efectiva en la memoria colectiva, lo que se traduce, entre otras cosas en una verdadera forma de habitar que tiene en cuenta el riesgo y la incertidumbre.

El año 2020 estuvo marcado por la pandemia global. Muchos apuntan a que no era en absoluto previsible, así que era inevitable que nos encontrásemos, como nos ha encontrado, desprotegidos. Desde aquí queremos apuntar que para nosotros se trata de una afirmación falaz, y además peligrosa. No se puede estar siempre protegidos para todo, la seguridad absoluta no sólo es imposible sino, y aquí somos abiertamente provocadores, indeseable, porque la incertidumbre está en la base del cambio, de la transformación, de la evolución necesaria. ¿Y si realmente no estábamos preparados, no sólo para una pandemia, sino para casi cualquier contingencia? ¿Y si es necesario un nuevo paradigma de conocimiento y planificación que nos permita habitar la incertidumbre?

Las agendas públicas se obsesionan por incluir, aunque sea de manera implícita en su contenido, la necesidad de establecer unos marcos de seguridad para el funcionamiento del sistema. Se trata, siempre de reprimir la incertidumbre, aumentando exponencialmente los mecanismos de seguridad para aumentar la sensación de estar libre de riesgos. Esta idea de seguridad no puede separarse de la certeza. El físico de sistemas Jorge Wagensberg (2000, 2010) nos recordó que los sistemas complejos no pueden estar sujetos al determinismo de los mecanismos artificiales. Y los sistemas territoriales y urbanos, por antropizados que estén, son sistemas complejos, no sometidos al optimismo determinista bajo cuyo paraguas teórico, sin embargo, se ha construido la mayor parte de cuanto habitamos ahora.

Porque reprimir la incertidumbre es reprimir la complejidad (Luhmann, 1984 en Ruiz Sánchez, 2002), yendo en contra de la *naturaleza* de la propia complejidad. Proyectar y planificar *contra natura* no puede sino hacernos más vulnerables. Si somos una extensión de la naturaleza, una parte de la misma, no podemos enfrentarnos a ella y confrontar con ella. El sistema mundo evoluciona. Dicha evolución no puede ser anticipada con precisión, diseñada, pero sí re-orientada, planificada. La planificación del hábitat en el siglo XXI debe ser el gran reto común, acaso en un marco de deseo como puede ser el conjunto de Objetivos de Desarrollo Sostenible SDGs de Naciones Unidas para 2030, pero incluso mirando más allá, proyectándonos varias generaciones en el futuro. Se trata de postular una nueva manera de planificar como respuesta a un nuevo pacto con la naturaleza (Musco, 2016); aunque suene paradójico, de planificar en tiempos de incertidumbre como única manera de ser capaces de habitar la incertidumbre.

Referencias bibliográficas

- Batty, M. (2018). *Inventing future cities*. The MIT Press.
- Beck, U. (1992). *Risk society: Towards a new modernity*. Sage.
- Blakely, E. (2011). *My storm: Managing the recovery of New Orleans in the wake of Katrina*. University of Pennsylvania Press.
- Dufourmantelle, A. (2011). *Éloge du risque*. Payot & Rivages.
- Musco, F. (2016). *Rigenerazione urbana e sostenibilità*. FrancoAngeli.
- Portugali, J. (2011). *Complexity, cognition and the city*. Springer.
- Ruiz Sánchez, J. (2002). *Complejidad urbana y determinación. Estructuras comunicativas y planeamiento urbano en el desarrollo del área metropolitana de Madrid*. Boletín Oficial del Estado.
- Thom, R. (1987). *Estabilidad estructural y morfogénesis. Ensayo de una teoría general de modelos*. Gedisa.
- Voltaire. (1756). *Poème sur le désastre de Lisbonne*.
- Wagensberg, J. (2000). Complexity versus uncertainty: The question of staying alive. *Biology and Philosophy*, 15, 493–508. <https://doi.org/10.1023/A:1006611022472>
- Wagensberg, J. (2010). *Las raíces triviales de lo fundamental*. Tusquets.

revista invi



Revista INVI es una publicación periódica, editada por el Instituto de la Vivienda de la Facultad de Arquitectura y Urbanismo de la Universidad de Chile, creada en 1986 con el nombre de Boletín INVI. Es una revista académica con cobertura internacional que difunde los avances en el conocimiento sobre la vivienda, el hábitat residencial, los modos de vida y los estudios territoriales. Revista INVI publica contribuciones originales en español, inglés y portugués, privilegiando aquellas que proponen enfoques inter y multidisciplinares y que son resultado de investigaciones con financiamiento y patrocinio institucional. Se busca, con ello, contribuir al desarrollo del conocimiento científico sobre la vivienda, el hábitat y el territorio y aportar al debate público con publicaciones del más alto nivel académico.

Directora: Dra. Mariela Gaete Reyes, Universidad de Chile, Chile

Editor: Dr. Luis Campos Medina, Universidad de Chile, Chile.

Editores asociados: Dr. Gabriel Felmer, Universidad de Chile, Chile.

Dr. Walter Imilan, Universidad de Chile, Chile.

Coordinadora editorial: Sandra Rivera, Universidad de Chile, Chile.

Asistente editorial: Katia Venegas, Universidad de Chile, Chile.

COMITÉ EDITORIAL:

Dr. Victor Delgadillo, Universidad Autónoma de la Ciudad de México, México.

Dra. María Mercedes Di Virgilio, CONICET/ IIGG, Universidad de Buenos Aires, Argentina.

Dra. Irene Molina, Uppsala Universitet, Suecia.

Dr. Gonzalo Lautaro Ojeda Ledesma, Universidad de Valparaíso, Chile.

Dra. Suzana Pasternak, Universidade de São Paulo, Brasil.

Dr. Javier Ruiz Sánchez, Universidad Politécnica de Madrid, España.

Dra. Elke Schlack Fuhrmann, Pontificia Universidad Católica de Chile, Chile.

Dr. Carlos Alberto Torres Tovar, Universidad Nacional de Colombia, Colombia.

Sitio web: <http://www.revistainvi.uchile.cl/>

Correo electrónico: revistainvi@uchilefau.cl

Licencia de este artículo: Creative Commons Atribución-CompartirIgual 4.0
Internacional (CC BY-SA 4.0)